

VI

¡De frente, marchen!

Llegó el 24 de Mayo y los carteles anunciaron por las esquinas: *Corrida de Beneficencia. Toros de Parladé. Bombita... El Gallo.*

El *Gallo*, que no se había muerto, que estaba en sus cabales de todo, que andaba por ahí recogiendo ovaciones en casi todas las plazas. ¡Válgame Dios y qué mala mano tenían los sepultureros antigallistas para enterrar!

Y eso que no quedó por echar tierra y apisonarla fuertemente. Véase la clase. El 22 de aquel mes toreó Rafael en Málaga...

En el primer toro, el *Gallo* hace una gran faena, le ovacionan y suena la trompa intrépida en su honor; en el segundo se dividen las opiniones, y en el quinto...

“Cogió los trastos el *Gallo* y empezó con un colosal pase natural, seguido de otro, tan ceñido que los cuernos pasaron rozando los alamares del chaleco. ¡Luego el delirio! Dió pases de molinete magistrales, algunos de ellos dando dos vueltas en la cara del toro; ayudados por bajo, de rodillas, cambiándose la muleta por la espalda, todos entre los pitones, acariciando la cara del toro, agarrándose á las astas, agotando, en fin, los adornos, derrochando valentía de manera tan imponderable, que el público, sugestionado, loco, frenético, puesto de pie sobre sus asientos, aclamó al soberano artista.

„Hasta la música, queriendo patentizar sus entusiasmos, sin instigación de nadie, rompió á tocar el pasodoble de su nombre, haciendo de este modo honor á tan portentosa faena, la cual coronó con media estocada en lo alto que hizo innecesaria la puntilla. (Ovación inenarrable, oreja, sombreros y prendas de vestir, *vuel-tas* al ruedo; algunos espectadores se arrojan á la plaza y abrazan al genial artista.)

„Terminada la corrida, el público, en pie, tributó una nueva ovación de despedida al *Gallo*, que se prolongó por el paseo y llegó hasta la fonda, donde se vió obligado á asomarse al balcón ante las incesantes aclamaciones de sus admiradores.“

Pues ahora leed no lo que se telegrafió, sino lo que se escribió en Madrid:

El Gallo hace una faena tan desdichada, que le dan una bronca enorme... Menos mal que lo mismo ocurrió en Granada, y lo mismo dijeron aquí.

Todo para que llegase la corrida de Beneficencia, se plantase el *Gallo* en mitad del ruedo, se esponjase y lanzara á los aires el más sonoro de sus ¡Kikirikís!

Ese era el vencido, el aniquilado, el enfermo, el loco, el fracasado; el de los baños.

El de los baños... ¡Vaya un modo de dar jabón!

¡Qué belleza, qué majestad, qué armonía al torear de capa, qué arte, qué elegancia, qué gracia con la muleta, qué finura al banderillear, qué asombro en los quites!

Inútilmente *Bombita* sacó lo mejor de su baúl al muletear al quinto toro, en el mismo terreno en donde el *Gallo* acababa de realizar su magnífica faena. Después de lo que acabábamos de ver en el toro anterior, ¿cómo iba á emocionarnos aquello? En vano procuraba el *Bomba* adornarse en los quites. Rafael, cuando parecía que había agotado todo su repertorio, arrodillábase mientras el toro acometía al picador, tendía el capote, llamaba al toro

y con una prodigiosa larga arrancábalo de allí continuando á la terminación arrodillado de espaldas al cornúpeto.

Cuando salió á matar á su primer toro, bronco, avisado é incierto, todo el mundo creyó que ni lo torearía ni menos se arrimaría... y allí se estuvo todo el tiempo que quiso metidito en los pitones, dominándole como le venia en gana. De vez en cuando cogía con las manos los palos que golpeaban el testuz del toro, y los separaba, ó se volvía de espalda y se bajaba á coger del suelo una banderilla en la que podía tropezar.

Y en el otro bicho no digamos. La estética del toreo. Una faena reposada, brava, bella, inenarrable, que el público, de pie, ovacionó entusiasmado.

Y por contera mató superiormente á sus enemigos.

Á todos.

Ríase usted de telegramas, insidias, invenciones y cegueras. El toro; esa es la *chipén*; el toro.

De aquí en adelante los sucesos se precipitan. Dos días después se da aquella famosa corrida de Palha.

Noches antes se había presentado en el "Congresillo" el conocido y silencioso aficiona-

do Paco Avial, y con esa vocecita tenue que Dios le ha dado espetó sin preámbulos este cartel de desafío:

—Vengo del Suizo á trasmitiros, de parte de los bombistas, lo siguiente, sin quitar punto ni coma: "Diles de nuestra parte á los del Congresillo, que *Bombita* es capaz de torear los palhas si los torear los *Gallos*."

—¿Qué dice este hombre, cielos!—exclamaron los socios del Congresillo; y en el acto una comisión de su seno formada por dos conocidos machaquistas, emprendió, acompañada del plenipotenciario, el caminito del Suizo para contestar cumplidamente al reto de los bombistas helvéticos, tertulia formada por amigos íntimos de *Bombita*, que constituyen la plana mayor del partido.

Los congresillistas llamaron al más significado de los allí reunidos, persona muy simpática, correcta y respetable, y acaso el mayor y mejor amigo de *Bombita*.

—Venimos á contestar al recado de ustedes—le dijeron.—No tenemos noticias directas de Rafael el *Gallo*, pero siendo como es conocida su costumbre de torear todo lo que le echen, es de suponer que está dispuesto á aceptar este reto; y por lo que respecta á José, tenemos el gusto de comunicarles que hace dos

ó tres noches dijo á Bernardo Hierro, á presencia de todos nosotros y en voz bastante alta para que todos lo oyésemos: "Échenos usted esos palhas á *Bombita* y á mí. Yo los toreo mano á mano con Ricardo." De modo que si *Bombita* no torea esa corrida, ustedes dirán por quién queda.

Bombita no toreó los Palhas; *Bombita* no quiso nunca encerrarse con *Gallito* mano á mano, á pesar de los deseos locos del pequeño y de la *desinificancia* de éste.

Los *Gallos* torearón los espantosos Palhas. Con ellos salió *Machaquito*; también había pedido Pastor á la Empresa que le pusiesen este día.

Los Palhas con los Miuras y los Pablo Romero tienen no sé qué de pavoroso para la gente de coleta. Un día, hace muchos años, vino por primera vez á Madrid este ganadero, y sus toros llevaron de cabeza á *Lagartijo* y *Frascuelo*. Y todavía se está hablando de aquella corrida.

Días después, en Ciudad Real, con otros toros de esta casta, aquel gran tumbón de *Currito* tuvo quizás su mejor tarde de torero, sin importarle un ardite del lleno de picadores y banderilleros que había en la enfermería, y de los destrozos hechos en la barrera por los portugueses.

Uno de los picadores lastimados le había enviado desde la enfermería á *Currito* este recado:

—Dile al maestro—entonces todavía designaban de este modo respetuoso los subalternos á los matadores—que como vuelva ajustar otra corrida de estas me corto el pelo.

Y cuando *Currito* entró en la fonda, acabada la corrida, sano y salvo, pero sin moña, despeñada la trenza, desceñida la faja, floja la taleguilla y cayéndose todo él á pedazos, saludó á las aficionados que estaban en el vestibulo diciéndoles:

—Vengo de la guerra.

Y también se sigue hablando de aquella función. Desde entonces acá los toros de Palha han infundido siempre á la gente torera un respeto muy parecido al pánico.

Por eso en cuanto se supo que habían ingresado en los prados de Echevarría las seis "espantavels" fieras corruvias portuguesas, se armó el inevitable *tole tole*, preludio de todas las corridas pavorosas entre la gente coletuda y en los corrillos taurinos, y todo se volvieron profecías y seguridades de que las primeras figuras no *torearían* esta corrida. Tan por seguro lo daban que los bombistas del Suizo se atrevieron á salirse con aquella embajada.

Ahí tiene usted los quebrantos que ocasiona estar á media correspondencia con las plazas de provincias y no saber más que las noticias buenas del jefe político. Mientras los aficionados andaban en Madrid en dimes y diretes sobre si los *Gallos* querrian ó no torear este festejo—¡mire usted que risa!—Joselito se liaba en Córdoba, en compañía del abuelo *Machaquito*, con otros palhas no menos pavorosos, y los dominaba y los mataba con tan soberano arte y saber, que *Guerrita*, el gran *Guerrita*, el coloso, gritaba entusiasmado, enardecido desde su palco:

—¡Mi torero! ¡Mi torero! ¡Ya tengo torero!

—Ese niño—decía luego en el Club—ha jecho esta tarde cosas que no las habemos jecho más que *Lagartijo*, yo y él. Ezo é un monumento.

Y luego, en la estación, cuando *Bombita* que venía para Madrid, le preguntó:

—¿Qué tal las corridas?

Guerra le contestó:

—Joselito. ¡E un monumento!

¡Cómo estuvieron los dos hermanitos y el abuelo cordobés aquella tarde en Madrid! La primera parte de la corrida trascurrió sosamente. Los toros eran mansos perdidos y no había posibilidad de lucimiento. De todo lo

que se hizo con ellos, sólo hay que anotar, y con letras bien visibles la intervención del *Gallo* como peón para poner en condiciones de ser banderilleado al tercer toro. Se había hecho el tío el dueño del cotarro y no había quien se le acercara. Desde las tablas del 8 el flamenco desafiaba á todos.

—No se pasa sin hablar al portero.

Conque va mi buen Rafael, ese miedoso de Rafael, y se mete donde no llegaba nadie, donde el toro estaba jaquetón y perverso, le pega tres chicotazos... y lo deja más suave que un diputado de la mayoría á la hora de discursar.

—Fulano de Manganez Fernández Pampirolé, si.

Después... Desde que salió el toro cuarto cambió la decoración. Valentía, alegría y torería en los quites; el público se queda manco aplaudiendo; *Machaco* invita á banderillar á sus compañeros; la plaza se pone al rojo blanco; el cordobés saca los riñones que le han dado la fama que tiene y los millones que goza, los pone sobre la mesa... y, como cuando tenía veinticinco años, y diez y ocho y veinte y treinta, *Machaco*, ¡eal, da una estocada de aquellas. DE AQUELLAS, ¿no se acuerda usted? Machaquística pura, sin trampa ni cartón. Ya no hay fuerzas para aplaudir...

Pero sale el quinto toro, ese toro ideal que le fabricaban al *Gallo* según *Don Modesto Machaco*, que va recogiendo palmas, se arrodilla y tira una magnífica larga cambiada, escuela *Gallo*; éste manda que le traigan el baúl de la ropa de gran gala, mete la mano en él y comienza á sacar sedas, terciopelos, cachemires, encajes de Valenciennes y de Camariñas; hasta llegar al fondo. El público se levanta y en pie permanece durante la lidia de este toro; no hay modo de estarse quieto ni de permanecer callado. El *Gallo* se acuerda de quien es, y como quien es procede, y los otros se crecen y se muestran dignos compañeros de aquel artístazo inigualable. ¿He dicho algo? Entre los tres espadas se entabla una amistosa competencia en la que se ve sobre todo el deseo de complacer al auditorio; se hacen quites estupendos; Rafael tira largas arrodillado; *Machaco* se ciñe más que un bailarín de chotis; el niño prodigio se harta de hacer monadas. Al rematar el último quite, toread los tres al alimón; se arrodillan delante del toro, y le dicen cositas; luego lo toread con las monteras, con los pañuelillos... ¿Cómo describir la alegría del público? Si les digo á ustedes que éste fué el tercio más animado y divertido de quites que se ha visto en la plaza de Madrid, no exagero nada.

El *Gallo* ofrece las banderillas á sus compañeros; comienzan á jugarlos los dos hermanos; *Machaco*, como no es su toro, permanece discretamente quieto:

—¿Qué haces?—le gritan los hermanos.—
¡Anda, Rafael!

El cordobés entra en el juego con los hermanitos, y cuando se cansan de recortar á cuerpo limpio, robándose unos á otros el toro, clavan, y continúan las ovaciones clamorosas, ensordecedoras, que desde el toro cuarto no se han interrumpido.

Tocan á matar.

—¡Qué lástima—exclama un vecino mío.—
Han concluido con el toro y Rafael no va á poder hacer nada!

—¿Usted cree?...

—¿No le ve usted cómo está?; muertecito del todo.

—No pase usted cuidado que el *Gallo* lo resucitará.

¡Digo si lo resucitó! Todo lo de antes fueron tortas y pan pintado con lo de ahora.

De primera intención dió el calvo cuatro, *cuatro*, CUATRO pases naturales seguiditos que no hay palabras para describir ni imágenes para ponderar. Cuatro maravillas, cuatro prodigios. El tercero, lo más estupendo que se ha visto en

el toreo. Y el resto de la faena de lo más emocionante, artístico, torero y bravísimo que imaginarse puede.

Una borrachera de arte, de gracia, de valentía, de ciencia torera, de ¡Kikiriki!, ¡Rekikiriki!, ¡Recontrakikiriki!, ¡Ey, Carballeira!, ¡Pichú, canelal y ¡Ahí va esa mosca!

¡¡Gallito, ea!! Maestro de maestros.

“Yo me jamé seis lápices de gusto...”

Bueno; ¿para qué les voy á cansar á ustedes más? Al acabarse la corrida los tres espadas fueron paseados en hombros por el redondel; los sacaron por la puerta grande; los fueron aplaudiendo por la calle...

Y también se sigue hablando todavía de esta corrida, y seguirá hablándose por los siglos de los siglos hasta la consumación de la afición... que tiene un rato de vida.

De modo que ya lo saben sus señorías: los palhas de los colosos; los palhas de *Currito*, y los palhas de los *Gallos* y *Machaco*.

Y el *Gallo* se había concluído, y el niño no servía para descalzar á la mitad de la torería en situación de cesantía forzosa...

—Pero al fin, gracias á Dios, después de lo ocurrido en la corrida de Beneficencia y en ésta de palhas, se acabó la pelea y entramos en cauces de tranquilidad, ¿no?

¡Ay qué gracioso! Con los *Gallos* no se acaba la pelea nunca.

¿Qué dirán ustedes que discurrió ahora el bombismo?

Echar á pelear con Joselito... ¡¡¡á Manolo Bomba!!!

Inverosímil ¿verdad? Bueno; pues la cosa tuvo “verificativo” el día 5 de Junio del mismo mes y año, cuatro días después del triunfo de los palhas, en el que á José le tocó bailar con la más fea y salió del trance en hombros de los parroquianos, como acabo de referir.

Cuando llegó á los mentideros la noticia de que el *Bomba* mayor á quien en los momentos más críticos aquejaba una inoportuna dolencia de esas que duran poco, no toreaba los saltillos que para esta corrida estaban dispuestos y que en su lugar iba á torearlos su hermanito, ardieron los aficionados en indignación.

—Esa es una habilidad que no debe admitirse. Vosotros no debéis torear esta corrida que os echan con peor intención que un miura—les dijeron á los *Gallos*.

La indignación llegó hasta las altas regiones taurinas. Aquella noche sonó irritada una voz que preguntaba con marcado acento bilbaíno que te traes pues, á no sé quién:

—Pero ¿por qué se hace este cartel? Con

los *Gallos* queréis indisponerme, pues, pero yo no me indispongo, pues.

Parecía cosa resuelta que la corrida se suspendiese al otro día; pero cuentan las crónicas que cuando los dos *Gallitos* estuvieron solos, Rafael, que como antes se ha dicho, es el buen sentido y el compañerismo, le dijo á su hermano:

—¿Y nosotros por qué no vamos á torear con Manolito? Un torero debe torear con todos los toreros.

—Eso mismo digo yo.

Y se dió la corrida.

Y en esta corrida hubo un tercer toro que se apodaba *Jimenito*, y á ese tercer toro, Jose-lito, el novillero sin cuajar, el pobre torerillo á quien iba á reventar, á hacer polvo nada menos que Manolito *Bomba*, el infeliz *Gallito* á quien cierto torero y aficionados designaban despectivamente con el apodo de un torero de ventajas, agregándole para remachar el clavo el aplastante adjetivo de "el malo", le hizo una de esas grandes faenas que quedan escritas en la arena de la plaza de toros sin que nada ni nadie puede borrarlas. "Azulejo", de *Lagar-tijo*; el 26 de Mayo, de *Frascuelo*; "Farolero", de *Guerrita*; "Boticario", de *Machaquito*; "Jerezano", "Peluquero", el toro de la Guerrero,

el Santa Coloma de la marquesa de Bermejillo, el de Titta Ruffo, el de Málaga del *Gallo*; "Jimenito", de *Gallito*...

Los aficionados más viejos no recordaban cosa igual. Desde que salió el toro vióse al maestrazo cuidarlo y prepararlo para lo que luego iba á realizar. Apenas dejó que los peones le metieran el capote; en los quites fué sobrio y pidió á su hermano la misma sobriedad:

—¡Poco, Rafael, toréalo poco!—se le oyó gritar á su hermano cuando entró al primer quite.

Yo puedo testimoniar que aquello no fué una improvisación. Los toreros no pueden llevar pensado desde su casa lo que van á hacer en la plaza, que está sujeto á mil cambios y alteraciones, porque el que da la pauta de lo que allí se ha de hacer es ese personaje callado, hermético, cuyo lenguaje sólo entienden los buenos toreros; pero José, si no sabía cómo, porque esto era imposible, tenía la seguridad de que iba alcanzar un triunfo sonado. Yo estuve á verle al mediodía. Eso de no ver á los toreros en su propia salsa, y no saber de ellos más que en la plaza, es muy bueno para el revisterismo profesional, para los técnicos, y sobre todo para el que cree que los toros son

una cosa más seria que una mala noticia y que á la plaza no debe ir la afición á divertirse; pero para los periodistas no sirve, y como mi oficio es éste y mi devoción, por lo pintoresco, cada día más honda, yo fui aquella mañana á ver á Joselito, á hablar con él un poco de lo que se alborotaba por los mentideros y hasta á manifestarle mi opinión, conforme con los que creían que no debía vestirse de luces aquella tarde.

Joselito me miró socarronamente, y de pronto me dijo muy serio:

—Bueno, *Don Pío*, ¿y si yo corto una oreja esta tarde?

—¡Hombre!...

—Pues, que no se le olvide á usted. Á mí me dan una oreja esta tarde.

Y, por si me quedaba alguna duda, cuando me despedí salió conmigo hasta la puerta y volvió á repetirme, absolutamente seguro de sí:

—Que lo de la oreja se lo digo á usted en serio... ¡Pues no faltaba más!

Dulzuras, mi amigo y compañero, el pobre *Dulzuras*, á quien tanto he hecho rabiar llamándole antigallista, con quien antes de que me metieran en estos trotes revisteriles, al separarse él de aquella Redacción, tenía yo

en *El Mundo* tantas peloteras defendiendo al *Gallo*, *Dulzuras*, el declarado antigallista, el revistero frío y minucioso, archivo de recuerdos interesantes y crónica viviente y documentada del toreo, escribió aquel día que “los que presenciaron esta corrida habían tenido la satisfacción de ver el trabajo de un espada en un toro, lo más completo y más meritorio que recordamos”.

Y más vistoso, torero y emocionante, agrego yo.

Solo, completamente solo, como á él le gusta estar con los toros, en los mismísimos medios, citó al cambio tres veces á *Jimenito* y le colocó, quebrando por el mismo lado, cinco palos en todo lo alto y tan juntos, que todos ellos cabían en el reducido círculo de una peseta.

Suenan los clarines, y el chiquillo pide permiso para clavar el cuarto par.

—Es imposible que vuelva á repetir la suerte—dicen los aficionados.

Pero el torero vuelve á citar en los medios, y por el mismo lado clava el cuarto par, tan grandioso como los anteriores.

—Aunque no lo mates—grita cerca de mí un aficionado viejo—no me importa, porque ya he visto lo que no había visto en mi vida. ¡Vete á darle clase al *Gordo*!

¿Cómo, que el chiquillo no iba á hacer más?

Antes de que los aplausos cesen, y después de dejar sabiamente, como es su costumbre, que se refresque el toro, José, en los medios siempre, y sólo con él, torea á *Jimenito* por naturales y de pecho, "clásico—habla *Dulzuras*,—artístico, sobrio, sereno, valiente, inteligentísimo, con la premeditada idea de recibir".

Dos pinchazos metió luego en lo alto en esta hermosa suerte, y luego, recibiendo también, una estocada en lo alto, que tumbó.

—¿Me la han dao?—preguntóme cuando pasó por delante de mi barrera aspirando el humo de las palmas.

—Y te darán todo lo que quieras, niño—contesté yo.

Bueno, pues todavía salió el empecatado *Don Modesto* diciendo que si el toro...

¿Pero es que usted cree, amigaso, que los toros buenos los torea bien todos los toreros?

No me *jaga usté* reir que voy á tener que hablarle en catalán.

Los toros bravos, los toros buenos son para los grandes toreros. ¿Pues qué, no hemos visto este año en Madrid tres ó cuatro corridas manejables y bravas con las que nos aburrieron de lo lindo, y de las que no supieron sacar

partido algunos toreritos de pretensiones de esos de "Si á mí me saliera un toro?"...

—¿Á usted? ¿Pa qué?

Ya eran inútiles todas las habilidades. El papel *Gallo* alcanzaba la cotización más alta, mal que pesase á las estereotipias antigallistas.

Cornetas y tambores, situados á la puerta del cuartel, habian batido marcha ruidosamente.

—¡Compañía! ¡Marcha, para que se vayan á su casa los licenciados!—habian gritado los cuarteros en todos los dormitorios.

—¿Ha visto usted por ahí unas tijeras de cortar coletas?

—*Bombita* no tiene más remedio que irse y el que le va á poner la cuenta en la mano va á ser el *Calvo*.

Esta profecía la hizo cierto conocidísimo gallista una noche del verano último en San Sebastián, en el hotel Cristina, y ante una porción de aficionados de todos los matices.

Al día siguiente, ó de allí á pocos días, á continuación de una corrida, que creo que fué la de Palha—hombre, Palha—en que el *Calvo* actuó de bañero una vez más, *Bombita* anunció su propósito de retirarse, al concluir la temporada, preparándose unos funerales más sonados que los del César Carlos V.

Un poco se había retrasado.

Desde hacía mucho tiempo la afición sensata estaba al cabo de la calle sobre el resultado de la pelea entablada entre *Bombita* y los *Gallos*, entre el antigallismo y los toreros de toros.

¿Qué importaba que éste y el otro y aquél pusieran reparos y más reparos á la labor de Joselito, si los diez, los doce, los trece ó los diez y seis mil espectadores que presenciaban y se entusiasmaban con sus faenas pesaban más que todas las galéradas? ¿De qué servía todo el ruido con que se quería enterrarle si las empresas de toda España se lo disputaban y el nene ajustaba Y TOREABA en este su primer año de alternativa la enormidad de ochenta corridas, se llevaba la friolera de cincuenta y tres orejas, y sólo escuchaba un aviso en toda la temporada?

¡Vengan crónicas y combinaciones!

¿De qué servían los alborotos y los atropellos de la feria sevillana; de qué los infundios colocados en la prensa de más circulación; de qué las leyendas de devolución de contratos; de qué la incalificable especie de la pérdida definitiva de la salud de Rafael; de qué el callar los grandes éxitos del *Gallo* y darlos como tremendos fracasos, si luego había él de venir á

vérselas con el toro y ante el público, y todo el castillo de naipes tan laboriosamente levantado sobre base de humo había de venirse estrepitosamente á tierra al soplo irresistible de la verdad?

Había algo peor que los baños de Madrid, Santander, San Sebastián, Barcelona, Alicante, Granada, Cartagena—donde si no estoy engañado otorgáronse por primera vez á un torero, al *Gallo*, ¿á quién había de ser? las dos orejas de un toro—y lo peor era que las empresas, que antaño consideraban y mimaban á *Bombita*, hogaño se habían cambiado y guardaban todas sus atenciones para los *Gallos*. Que el *Bomba* no tenía la feria de Bilbao; que á causa de la corrida del Montepío taurino y por otras causas, estaba de monos con la Empresa de Madrid y se veía á punto de que se le cerrasen las puertas de esta plaza nuevamente; y, por fin, que su último baluarte, San Sebastián, se había rendido con armas y pertrechos á los *Gallos*.

Bombita había sido toda la vida el árbitro de San Sebastián; una vez que yo hablé admirativamente del *Gallo* delante de cierto personaje de aquella Empresa, lo comentó este amigo con un expresivo gesto desdeñoso. Este año mismo de 1913, al hacerse antes de co-

menzar la temporada, el reparto de corridas se le habían adjudicado á *Bombita*—y tome nota el compañero que hablaba de que para este torero sólo había toros agrestes, incomodados é ilidiabiles—los toros de las ganaderías suaves, pastueñas y afables de Muruve, Saltillo, Parladé, Santa Coloma y Guadalest, y á los *Gallos* se les reservaban los Veraguas, Miuras y Palhas para mezclarlos con los otros.

Sin embargo, el cartel sufrió una pequeña modificación de justicia y equidad, y fué la inclusión de *Bombita* en la corrida de Palha, merced á las circunstancias de deber una corrida del año anterior y empeñarse la Empresa en cobrársela éste.

Á tal proceder únase la sorpresa que experimentarí *Bombita* al saber que antes de comenzar la temporada easonense de 1913, y mientras á él nada le habían hablado, los *Gallos* habían sido escriturados por la Empresa donostiarra por ocho corridas para el corriente año de 1914, y se comprenderá el efecto que todo ello causaría en el ánimo del de Tomares, y se tendrá la explicación clara y sencilla de su retirada y la prueba plena de que los que lo esperábamos todo del toro estábamos en lo cierto.

Hubo entonces inocentes que, olvidándose

de lo que habían escrito cuatro días antes, se quejaron de que la predisposición del público contra *Bombita* era tal, que éste en la feria de Valencia—donde por cierto había quedado superiorísimamente, porque había hecho su reaparición el *Bombita* bueno de la valentía—había tenido que romperse el pecho contra unos toros de Pablo Romero y otros de Miura. Pero, señores, ¿no era ese su oficio? ¿No le estaban ustedes echando caprichosamente en cara á Joselito que no exponía nada? ¿No es tal la obligación de un torero que cobra lo que *Bombita* cobraba? ¿No era y había sido siempre, y yo lo proclamé muy alto cuantas veces vino á cuento, y algunas que no venía, el valor, la cualidad saliente, característica de este torero? Pues entonces, ¿qué mal encontraban ustedes en que diera su nota? ¿Ó es que le querían cobrando y sin exponer?

«Á mí sólo me retirarán los toros cuando me dejen inútil para torear y sin facultades para la lucha, ó el tiempo, cuando ya viejo me llene de alifafes y ataque á esta salud que hoy tengo y que es del único tesoro de que soy avaro. Mientras una de estas cosas no ocurran, «*Bombita*» será torero, que al fin yo ape-

nas si soy Ricardo Torres, y lo que soy es debido á «Bombita».

Esto escribió el torero de Tomares á mediados de Agosto de 1910. A primeros de Septiembre de 1913, el *Bomba* anunciaba su retirada para de allí á pocos días.

¿Por qué este cambio? Todos los tipos de todas las imprentas de España no pueden borrarlo, porque el otro, el que lo tiene que saber, el público, lo tenía sabido, visto y olvidado.

Bombita se fué porque le pudieron los *Galllos*, ni más ni menos. Porque contra la verdad, la gracia y el arte del torero artista, y contra el poderío, el saber y la afición de Joselito *Maravilla*, como un día se me ocurrió apellidarle, no fueron nada ni podían ser nada el toreo de calle, las maniobras telegráficas, las crónicas ingeniosas ni las conversaciones de mesa de café. Porque la verdad es una, y sólo tiene un nombre.

¿Se acuerdan ustedes?: “*Se han presentado unas tijeras de cortar coletas*”, escribió esta pecadora pluma á raíz del *debut* de Joselito en la plaza de Madrid.

¿Qué pasa en Cádiz?

Pues que ¡ris! ¡ras! ¡rus! las tijeras han hecho su oficio.

¡¡¡Kikiriki!!!

VII

La despedida te doy...

Desde que *Bombita* anunció en San Sebastián, á los pocos días de la profecía del gallista de marras, para que no cupiese duda, su propósito de cortarse la coleta, hasta el 19 de Octubre que vistió por última vez el traje de luces, toreó dos funciones en San Sebastián, dos en Francia, dos en Salamanca, una en Oviedo, dos en Sevilla, una en Valencia y tres en Madrid con el consiguiente cortejo de brindis de los toreros que toreaban con él, moda que sacó el *Gallo*, aplausos, aclamaciones, entusiasmo, banquetes y tal cual oreja. Fueron unos funerales solemnísimos, aunque un poquito largos. Mes y medio de gori gori.

La corrida de despedida en Madrid revistió

los caracteres de una verdadera apoteosis. Ni preparada hubiese resultado mejor. La plaza estuvo más que llena; los aplausos y las muestras de simpatía al torero que se iba no cesaron un momento; algunos socios del Montepío taurino, fundación admirable de *Bombita*, lo pasearon en hombros por el redondel, según se había anunciado, después que mató su último toro; sus amigos y admiradores se hincharon, como era natural, de aplaudirle, y con ellos, sin distinción de partidos ni excepciones, el público todo. Y además le echaron flores y palomas,—ninguna de las cuales era la famosa azul,—y hasta creo que versos.

Bombita, esclavo siempre del gesto, estuvo muy bien en esta corrida, haciendo gala de sus facultades, como para demostrar que no se iba porque le faltasen, y dió en ella dos magníficas notas dignas de la mayor alabanza. Fué la una el "sí" de su valentía, y la otra el "do de pecho" de ceder los miles de duros que pudo haberse llevado á su casa, á beneficio del Montepío de toreros, que es, como se sabe, su mejor faena, rasgo que fué largamente celebrado y que con notoria injusticia no se premió con la merecidísima cruz de beneficencia que tuvo el honor de pedir para él.

Al día siguiente ó dos después, dieron á

Bombita sus amigos un espléndido banquete, al que asistieron centenares de personas que atronaron los aires durante toda la noche con los vitores y aplausos al torero. Eran los últimos.

Al otro día salió acompañado de varios amigos y su barbero para Sevilla, en donde, con unas tijeras de oro, regalo de un admirador, le cortó la trenza su peluquero de Madrid, que es también el mío... ¡Pero no me afeitá!

Si en vez de la humilde pluma que lo escribe trazase este libro la agresiva del inolvidable Peña y Goñi, que tanto censuró en su *Guerrita* el aparato de las seis despedidas de *Lagartijo*, ¿qué hubiera dicho del de éstas? Á mí, sin embargo, me parece natural que un hombre que se ha peleado tantos años exponiendo su vida por el humo de esa cosa efímera que se llama el aplauso, guste de amenizar los últimos momentos de su vida torera con la música divina que mueve, acaso, tanto al hombre como los amables mandatos de la mujer.

Muy pocos días después de estos sucesos, presentóse una tarde en el Congresillo Clemente Peláez, el íntimo amigo de *Machaquito*, reclamó el silencio y la atención de aquellos amigos que estaban discutiendo no sé qué con el ruido acostumbrado, y sacando del bolsillo una pequeña trenza de pelo, soltó esta bomba,

á cuyo estallido se pusieron en pie los concurrentes con gesto de sorpresa é incredulidad:

—Señores: aquí está la coleta de *Machaquito*. Se la acabo de cortar.

Luego contó el caso. Estaban comiendo en el hotel el matador, el último matador ¡ay!, su esposa, sus hijos y Peláez. Se habló de la retirada de *Bombita*. *Machaquito*, en broma, insinuó la posibilidad de hacer él lo mismo. Los ojos de su esposa, que habían llorado tantas tardes mientras la fiera del público rugía estremecida ante los alardes de valor del torero de la emoción, brillaron con el fulgor de una esperanza y se humedecieron con la lágrima de una súplica. *Machaquito* cambió de conversación, pero luego, cuando estuvieron en su cuarto, volvió súbitamente sobre el tema. Hizo salir de la habitación á la institutriz de su hija.

—¿Y si yo me cortase ahora mismo la coleta?—dijo cuando estuvieron solos.

Su señora y su amigo aprobaron. Clemente Peláez blandió unas tijeras cualquiera que tomó del neceser de costura.

—¿Corto?

—¡Sí!

—¡Piénsalo bien, Rafaell! La Empresa de Méjico va á venir esta tarde á ultimar tu contrato... Son muchos miles de duros...

—Que cortes te digo, ¡permasol!

De este modo se retiró de los toros, sin pompa ni ruido, como se fué *Guerrita*, “el valiente cordobés”, Rafael González *Machaquito*, el torero de la emoción, del pundonor, de la vergüenza. ¡*Machaquito*! El de las estocadas definitivas...

—¿Aquí están las astas y en el morrillo las palmas?... ¡¡Jú!! ¡Muere, toro! ¡Aplaudir, permasol!

Agustín, el habilísimo dibujante, que ha escrito en la portada de este libro su mejor página, ó si queréis la única buena, publicó entonces una de sus caricaturas que tuvo un éxito extraordinario, un acierto, del cual no necesitáis otra explicación que el título:

“El estilo es el hombre. El barbero es el torero”.

La marcha de *Machaquito* sorprendió á todo el mundo, todavía más que por la forma silenciosa que tuvo de cortarse la coleta, en contraste con la estruendosa apoteosis de *Bombita*, porque nada obligaba al bravo matador á adoptar semejante determinación. Se fué porque quiso. Prueba de ello lo mucho que se le ha echado este año de menos.

Machaquito al irse ha dejado su puesto vacío y no se ve por ninguna parte el sucesor

que ha de ocuparlo; el que podría ser el único competidor posible de Jöselito: el torero de la *estocá*.

Yo deseo sinceramente á los dos ex toreros toda suerte de felicidades.

Si alguien supone que este libro de licita crítica obedece á un deseo de molestar á *Bombita*, se equivoca; yo soy un hombre sincero que dice las cosas crudamente, sin eufemismos, aunque con el mayor cuidado de no faltar nunca á los respetos que merecen las personas, y sinceramente he de confesar que este libro es hijo de un explicable, y creo yo que disculpable, sentimiento de vanidad. ¿Lo quiere usted más claro?

Á los que censuren que después de retirado *Bombita* se publique esta crítica, les diré que no tienen de qué extrañarse. La historia se escribe después, no antes. Y á los que se sientan molestos por ella he de advertirles que no sé que los toreros y sus partidos gocen de una inviolabilidad que no se les concede á los demás mortales.

Durante cinco años los gallistas hemos sostenido una ruda y empeñada guerra. Estas luchas en los toros son sencillamente cuestión de amor propio. ¿Y "queréis ustedes" que, cuando al fin hemos conseguido triunfar noble-

mente en campo abierto, en toda la línea y de todas las armas, agachemos las cabecitas y, como si en vez de ser los vencedores fuésemos los vencidos, nos retiremos silenciosamente á nuestras tiendas sin que suenen gloriosas nuestras músicas cantando la victoria?...

¡Nunca!

¡¡¡Rekikiriki, codio!!!